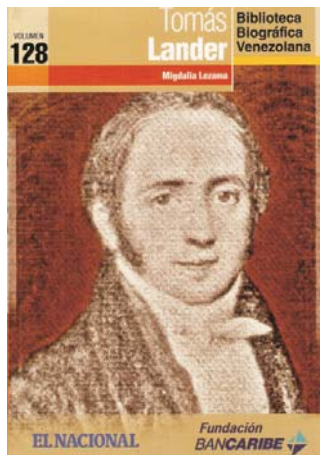


Reseñas

1. Migdalia Lezama. *Tomás Lander*. Caracas, Biblioteca Biográfica Venezolana, El Nacional-Fundación Bancaribe, Volumen 128, 2011, 123 pags.

Reseñado por: José Alberto Olivar*



Hay hombres que en vida despiertan tal grado de incomodidad entre las élites gobernantes, ya sea por sus críticas o por sus posturas tajantes, que al desaparecer de la faz de la tierra la historia oficial se encarga de invisibilizarlos lo más posible. Tal vez esa fue una de las razones que llevaron a los familiares de Tomás Lander a consentir el embalsamamiento de su cadáver en diciembre de 1845.

“La pasión por trascender” que anida en algunos hombres, suele tener motivaciones inverosímiles, pero en Lander luce evidente aquel inusual gesto. En su biografía, Migdalia Lezama no duda en afirmar que Lander hubo de convertirse en una suerte de monumento carnal, destinado a llamar “...la atención de los poderosos que olvidan el origen de sus facultades” y al propio tiempo, “...a mantener vivo el espíritu público, corazón de la República y antídoto a la tiranía” (p. 113).

Ese fue justamente el Tomás Lander retratado magistralmente por la bella prosa de la profesora Lezama, para Biblioteca Biográfica

* Doctor en Historia (UCAB). Profesor-Investigador del Instituto Pedagógico de Caracas.

Venezolana en su volumen 128, editada por *El Nacional* y la Fundación Bancaribe. Era Lander un ferviente defensor del evangelio liberal muy en boga para la época. Pero no un demagogo, obsesionado por la búsqueda desenfrenada del poder. “Rechazaba toda sumisión y clientelismo” e “insistía en que los derechos y deberes de todo ciudadano estaban consagrados en la Constitución y no dependían del arbitrario parecer de los funcionarios públicos” (p. 116).

Quizá Lander fue una voz en el desierto, pero una voz fuerte y mordaz que no tuvo empacho en disentir de hasta el propio Libertador, cuando éste tuvo la osadía de proponer en 1826 un remedio al peligro creciente de la anarquía: el poder vitalicio. Desde la prensa, Lander emprendió aguerridas campañas a favor de las libertades ciudadanas y denunció sin temor, uno de los males que prefiguraba, le harían mucho daño a nuestro devenir político: el personalismo.

Rotundo en sus convicciones, defendió hasta el último momento el respeto al principio alternativo, vista como la fórmula ideal para “...enriquecer la administración pública con nuevos hombres” y capaz de asegurar “...un mayor grado de imparcialidad y desprendimiento” (p. 45).

Después de leer la biografía de Lander, difícilmente puede calificarse a este personaje de arribista o de oportunista político. Pocos se plantaron como él, frente a la colosal figura de un general Páez situado en la cúspide de su poder. Mientras otros se ufanaban de seguir las premisas de los clásicos del liberalismo, Lander hacia mofa de ellos al criticar su actitud servil y complaciente, a cambio de recibir prebendas envilecedoras. Del poderoso en turno llegó a escribir: “Si el Congreso accede a la solicitud [de nombrar a Páez Padre de la Patria] el autor de los Fragmentos pedirá que lo declaren huérfano” (p. 53).

En medio del intenso debate político de su época, tuvo tiempo el célebre tribuno liberal para expresar sus ideas en cuanto a lo que él consideraba la clave del progreso de los pueblos. Se refería al trabajo “productivo y laborioso” del “hombre dedicado a las labores de la tierra. En sus escritos parecía autorretratarse y esgrimía con orgullo que “su trabajo genera tanto bienestar individual como prosperidad

colectiva”. Allí, marcaba una vez más diferencia con sus pares. Mientras unos preferían actuar como *propietarios absentistas* prestos más bien a medrar los tentáculos del poder, Lander aducía que la mayor parte de su tiempo la pasaba en el campo, trabajando la tierra “...para proporcionar la subsistencia de mi familia y aumentar mis derechos a la estimación pública” (p. 56).

Lander era un absoluto convencido de la primacía que debía ocupar “los propietarios de heredades en Venezuela”. A ellos debía la Nación la fuente de su prosperidad material y espiritual. De ahí su prédica constante a favor de “mejorar la situación de los hacendados” a través de la aplicación de medidas tales como: “la construcción de caminos, una política de asentamiento que estimule la migración de la población a zonas fértiles y productivas, la disminución de los días festivos, la eliminación del diezmo, el recorte de los gravámenes (...) la creación de infraestructura no dirigida al ornamento sino a la construcción de puentes, mejora de los puertos y canalización de los ríos” (p. 57). En fin, un programa mínimo para fomentar “el bienestar y la mayor productividad”.

Estas ideas lo convirtieron en el más preclaro vocero de los “productores laboriosos y honestos” que veían amenazado su “espíritu de empresa”, a manos de logreros y especuladores, amparado por la indolencia oficial. Desde su punto de vista el gobierno estaba en el deber de “auxiliar las actividades del campo”, aun cuando eso implicase alejarse de las máximas del liberalismo económico inglés. La profundidad del conocimiento atesorado en Lander, lo hacía diferenciar muy bien los contextos en que eran inscritas las grandes ideas. En su opinión los preceptos del libre mercado eran “ajenos a las condiciones de nuestro país. Ni aun en la misma Inglaterra se cumplían tales principios. En consecuencia solicitaba “que el Gobierno venezolano proteja a la agricultura como Inglaterra protege a su comercio” (p. 69).

En procura de valer su palabra, no dudó en participar activamente en el ejercicio de la política, así lo veremos fundado el Partido Agricultor en 1838 y luego del Partido Liberal dos años más tarde.

En las páginas de *El Venezolano*, dirigido por quien llegaría a ser su antítesis como líder político: Antonio Leocadio Guzmán, Lander dejó circular sus ideas como tantas veces lo había hecho en otros medios impresos. Su propia línea editorial no admitía veleidades y por eso dejaba en claro que: “No escribo para los sabios (...) me dirijo a los electores, a los pobres gobernados, a los que sufren como yo, leyes abominables, impuestos ruinosos e inicuos fallos...” (p. 71).

Ese era Tomás Lander, un autentico líder y no sibarita agitador de multitudes. Sabía combinar el denuedo con la sensatez, no pecó de iluso ni mucho de estafalario. Criticaba los excesos, vinieran de donde vivieran, aun en sus cercanías. Para él, los personalismos despóticos eran tan peligrosos como los personalismos “basados en la movilización del sentimiento popular” (p. 84).

No abrigamos dudas que la biografía escrita por la profesora Migdalia Lezama, viene a llenar un gran vacío en cuanto a la comprensión detenida y rigurosa del pensamiento político de Tomás Lander. El meticuloso apego a las fuentes por parte de la historiadora así lo evidencia. Es en sí un aporte y un llamado a seguir revisando la vigencia de los planteamientos formulados por Lander hace más de ciento cincuenta años.



Tomás Lander. Tomado de http://gestion.ucab.edu.ve/lblanco/wp_ucabista/?p=3563